

# HURI-AGE

Red Tiempo de los Derechos



## Papeles el tiempo de los derechos

### *¿DÓNDE ESTÁN LOS AMIGOS DE LA POSVERDAD?: UNA METACRÍTICA ILUSTRADA DEL DIAGNÓSTICO CULTURAL*

Jesús García Cívico  
Universitat Jaume I

**Palabras Clave:** Posverdad, Anti-ilustración, Opinión Pública, Crítica Cultural.

**Key Words:** Post-truth, Anti-enlightenment, Public Opinion, Cultural Critic.

Número: 15      Año: 2022

ISSN: 1989-8797

Comité Evaluador de los Working Papers “El Tiempo de los Derechos”

María José Añón (Universidad de Valencia)  
María del Carmen Barranco (Universidad Carlos III)  
María José Bernuz (Universidad de Zaragoza)  
Rafael de Asís (Universidad Carlos III)  
Eusebio Fernández (Universidad Carlos III)  
Andrés García Inda (Universidad de Zaragoza)  
Cristina García Pascual (Universidad de Valencia)  
Isabel Garrido (Universidad de Alcalá)  
María José González Ordovás (Universidad de Zaragoza)  
Jesús Ignacio Martínez García (Universidad of Cantabria)  
Antonio E Pérez Luño (Universidad de Sevilla)  
Miguel Revenga (Universidad de Cádiz)  
Maria Eugenia Rodríguez Palop (Universidad Carlos III)  
Eduardo Ruiz Vieytez (Universidad de Deusto)  
Jaume Saura (Instituto de Derechos Humanos de Cataluña)

**«¿Dónde están los amigos de la posverdad?: una metacrítica ilustrada del diagnóstico cultural»<sup>1</sup>**  
**Jesús García Cívico**  
**Universitat Jaume I**

## 1. Introducción

Seguramente haya «sentencias» que necesiten cientos de años para volverse medianamente justas. Cuando Kant escribió el célebre comienzo de «Qué es la Ilustración» (*la ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad*) la mayor parte de la población europea pobre, incluso la de Königsberg, apenas sabía leer ni escribir y las marcadas limitaciones en el acceso a la información parecían aconsejar prudencia a la hora de señalar con el dedo a quién le correspondía exactamente la responsabilidad por esa incapacidad (en realidad más compleja de lo que parece) de *atreverse a pensar por uno mismo*.

Hoy, las cosas, al menos en Europa, son bien distintas a las de 1784. Más de doscientos años después la mayor parte de la población europea está a un clic de un concierto gratuito de Bach, de la biblioteca pública on-line, de navegar por el Museo de Arte Moderno de Nueva York o de acceder a las mejores páginas de la prensa digital. Sin embargo, son vídeos como los de Baby Shark concebidos en alguna emergente Start-up o determinados bailes de Tik Tok (la comunidad global de vídeos cortos creada por la firma china de tecnología ByteDance) los que acumulan no solo millones de dólares de facturación, sino también de visitas en medio mundo.

Mientras la ciudadanía global ofrece dudas acerca de su madurez a la hora de comprender y afrontar los complejos desafíos del siglo XXI, la dirección intelectual del planeta parece recaer en políticos populistas apoyados por líderes religiosos (el caso de la iglesia evangélica en el Brasil de Bolsonaro), prejuicios identitarios en términos nacionales (la negativa a acoger refugiados musulmanes en la Hungría de Orban) y oscuras tramas de bots convenientemente difundidas por ese arquetipo (probablemente una actualización de la fisiología del moralismo francés del XVII) que hoy llamamos «haters» y «trolls».

El historiador de la Universidad de Yale Timothy Snyder calificó a Trump como «una cabeza de misil en la guerra cibernética rusa contra la democracia digital» mientras que en 2016 el *Diccionario Oxford* entronizó el inquietante híbrido *post-truth* o «posverdad» como la palabra del año capaz de denotar, mejor que ninguna otra, las circunstancias en que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública, que los llamamientos a la emoción y a la creencia personal.

Desde hace tiempo se han sucedido los análisis sobre la posverdad. La mayor parte de ellos se centra en el agente de la posverdad, sea como campañas de desinformación<sup>2</sup>, sea como herramienta de un inquietante marketing de ideas en la crisis de la democracia<sup>3</sup>, sea como precio a pagar en «la lucha por la atención», sea como mentira

---

<sup>1</sup> Comunicación presentada en el congreso de La Red Tiempo de los Derechos (HURI-AGE) celebrada en Valladolid los días 6 y 7 de octubre de 2022.

<sup>2</sup> Un ejemplo de ensayos recientes bajo el enfoque de la posverdad como manipulación, desinformación, polarización y «odio incendiario online» en PANIAGUA, E., *Error 404*, Madrid: Debate, 2021.

<sup>3</sup> Vid. NICITA, A., *Il mercato delle verità. Come la disinformazione minaccia la democrazia*, Il Mulino, 2021 (referencia que debo al profesor Francisco Javier Ansuátegui Roig quien participó de forma temprana en el

política en una línea conocida desde los aduladores del pueblo en la obra de Aristóteles hasta el lúcido enfoque de Hannah Arendt según el cual los políticos tienden a estar en guerra con la verdad (más allá de la falsificación historiográfica)<sup>4</sup>.

Algunos expertos en un nuevo campo teórico como el de los estudios sobre la sociedad digital vinculan ahora las nuevas mentiras en red con una forma de artisticidad<sup>5</sup>, lo cual debe tentarnos a la inversión del célebre aforismo de Nietzsche «Tenemos el arte para no perecer a causa de la verdad». Es cierto que el teórico de la «comunidad virtual», Howard Rheingold ha insistido en la calidad empoderada, diríamos hoy, del usuario de la red<sup>6</sup> y que no han faltado las apelaciones a la psicología del usuario refrendado en las «esferas públicas desorganizadas» y en las comunidades de afines del nuevo «enjambre» comunicacional. Sin embargo, es mérito del pensador alemán Peter Sloterdijk haber situado claramente la cuestión de la posverdad en la órbita de una serie de atributos menos llevaderos de nosotros mismos.

En lo que sigue tomando como hilo conductor una aproximación crítica de las principales ideas del artículo «¿Dónde están los amigos de la verdad?»<sup>7</sup> propondré una reflexión amplia del fenómeno de la posverdad a partir de ese «giro subjetivo» hacia el cinismo de los usuarios o los *consumidores* por así decir, de la posverdad, destacando las principales divergencias y convergencias del texto de Sloterdijk con otros análisis nuevos o menos conocidos en clave cultural y las ventajas de centrar la atención en la ciudadanía antes que en el agente difusor de «fake news» para señalar algunas aporías y acercarnos así a un diagnóstico más amplio: el de la posverdad como corolario de un movimiento anti-ilustrado más general que redunde –y enlace así con el tema de fondo de estos *Papeles*– en un deterioro de la capacidad de respuesta de la política (y del derecho) en relación con derechos que necesitan precisamente de la verdad, esto es, no solo el artículo 20 1 d) de la Constitución de 1978 sino los derechos medioambientales (aquí en relación con la negación del calentamiento global) y la respuesta a las más graves de violaciones de derechos humanos (así las desapariciones forzosas o la «alta» corrupción) frente a las que se instauraron precisamente, y como resulta sabido, las llamadas «comisiones de la verdad»

## 2. Sobre el giro subjetivo en el análisis de la posverdad

Con algunos ecos de la teoría heideggeriana de la apertura de la existencia humana al mundo, Sloterdijk dedicaba los primeros párrafos del influyente texto «¿Dónde están los amigos de la verdad?», tanto a situar en la historia de lo humano la cuestión de lo falso (y de la desconfianza o la sospecha) como a trazar (sin ánimo de exhaustividad) una breve tipología que distingue entre error, mentira, e ideología. El actual diagnóstico crítico de la «posverdad» es un episodio de un movimiento de *larga data* (visible en algunas posiciones sofísticas sobre la persuasión) que hoy –en ello se insistía en la *Crítica de la razón cínica*– se muestra autocomplaciente y satisfecho en su propia contradicción bajo la

---

debate sobre posverdad en el número 10 -y último- de la desaparecida revista *Canibaaal*: «Posverdad: realidad. Mentira (y redes)», *Canibaaal. Revista de arte, literatura y filosofía (del colmillo)*, núm. 10, 2018, p. 100. HAN, B. C., *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*, Barcelona: Taurus, 2022.

<sup>4</sup> ARENDT, H., «Verdad y política» en *Verdad y mentira en la política*, Página Indómita, 2017.

<sup>5</sup> LOVINK, G., *Tristes por diseño*, trad. Matheus Calderón, Torres, Bilbao: Consonni, p. 52 y ss.

<sup>6</sup> RHEINGOLD, H., *Multitudes inteligentes. Las redes sociales y las posibilidades de las tecnologías de cooperación*, trad. María Pino Moreno, Barcelona: Gedisa, 2004, p. 223.

<sup>7</sup> Publicado en *Neue Zürcher Zeitung* el 29 de diciembre de 2018 lo citaré en SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», *Epidemias políticas*, trad. Nicole Narbebury, Buenos Aires: Godot, 2020, p. 24

forma de una «falsa conciencia ilustrada» (el giro temporal al que aludíamos al comenzar recordando a Kant).

De esta manera, después del error involuntario primario, la mentira aparece en la fenomenología cotidiana de la conciencia *que se equivoca y que engaña* como su segunda figura. «En ella, el engaño está animado, del lado del engañador, por intenciones conscientes, mientras que del lado del engañado es sufrida involuntariamente». Una vez que el ser engañado se ve sometido por la voluntariedad –continúa Sloterdijk– se produce la tercera figura de la conciencia que se equivoca que –según el marco de referencia de la crítica del error– se llama superstición, hechizo por los ídolos, ideología, autosugestión o “suspensión voluntaria de la incredulidad”.<sup>8</sup>

En lo que más nos interesa señalar aquí, para Sloterdijk, el pacto –medio consciente, *medio inconsciente*– entre los mentirosos y los engañados es característico de la entidad que constituye el nivel ideológico del error. De acuerdo con la síntesis histórica de una figura difusa entre los demagogos descritos también por Platón y la nueva paparruchería (*bullshit*) del filósofo de Princeton, Harry Frankfurt<sup>9</sup>, tenemos que tratar con la ideología, en el sentido preciso de la palabra —es decir, como la tercera figura en la serie de las formas de la conciencia que se equivoca y que engaña—, *siempre que una producción más o menos explícita de ídolos sugestivos converja con la demanda más o menos abierta de ilusiones edificantes*. Siguiendo la exposición de Sloterdijk, «esta convergencia —a menudo codificada bajo auspicios religiosos, más tarde en su mayoría bajo auspicios ético-políticos— resultó ser, desde una perspectiva histórica, sumamente exitosa, a pesar de su inestabilidad. Ella se impone en cualquier lugar donde una “voluntad de creer” — para decirlo con William James— se encuentre con la “propaganda” como sistemas de persuasión elaborados y sostenibles del tipo de los sermones misioneros, la literatura de confesión, la prensa sectaria y el adoctrinamiento partidario.»<sup>10</sup>

Si la *voluntad de creer*, con todo el eco del célebre *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* (1572) de Étienne de la Boétie, nos recuerda el dicho de Lope de Vega (*como las comedias las paga el vulgo hay que hablar en necio para darle gusto*), lo que me interesa destacar ahora es que ese «anhelo por lo falso», ese giro subjetivo hacia el «embaucado» ligada tanto a la «falsa conciencia ilustrada» como a la categoría del «cinismo» tan cara al autor de *Esferas*, aparece como una clave de enorme interés para comprender tanto la idea de posverdad como su actual vínculo con la política cuando la verdad que resulta dañada por el neologismo no es tanto la verdad lógica o racional como la verdad factual, una premisa de la racionalidad del debate público.

En la conveniencia de ese giro subjetivo coinciden análisis en nuestro entorno como lo de Fernando Vallespín o Miriam Martínez Bascuñán, quien de acuerdo con el periodista británico Matthew D’Ancona, sostiene que lo nuevo no es la mentira de los políticos, sino la respuesta de la ciudadanía» y en particular la capacidad de las nuevas tecnologías y las redes sociales para manipular, polarizar y atrincherar la opinión. De esta forma, la decadencia del valor de la verdad relativa a hechos se ha aceptado y ese relativismo

---

<sup>8</sup> Y, en relación con la religión, se dice: «A la acción baconiana de eliminación le sigue el sarcasmo de Spinoza sobre las religiones históricas; esta prosigue en la crítica generalizada de Feuerbach de la religión como proyección de la imaginación humana y culmina en la crítica, inspirada en Marx, de las cosmovisiones proletarias y pequeñoburguesas». Creo que vendrían a colación las transformaciones en el ámbito espiritual a partir de la hipersubjetivación del fenómeno religioso, así las de Frédéric Lenoir *La metamorfosis de Dios* (Madrid: Alianza, 2005) o las de Marcel Gauchet y Luc Ferry en *Lo religioso después de la religión* (Barcelona: Anthropos, 2006).

<sup>9</sup> FRANKFURT, H. G., *On bullshit: sobre la manipulación de la verdad*, Barcelona, Paidós, 2006.

<sup>10</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., pp. 10 -12.

comienza a afirmarse como un escepticismo legítimo.<sup>11</sup> Esto es, por volver al análisis de Sloterdijk, «sin el anhelo por lo falso, en la medida en que resulte útil para la vida en una situación dada, no se venderían las ofertas engañosas que abarcan desde las pseudomedicinas arcaicas hasta los cultos modernos a un líder. Así como existe, según la tesis de Aristóteles, un afán original de reconocimiento en todas las personas, también existe un interés igualmente original por el engaño»<sup>12</sup>.

La cuarta figura de la evolución en el texto que nos sirve de hilo conductor es el cinismo moderno. La voluntad de creer no es suficiente, Sloterdijk lo relacionará con ese tipo de falsa conciencia como «falsa conciencia ilustrada» que el alemán ha vinculado antropológica y estéticamente con el anhelo por lo falso: se trata de una idea ampliamente tratada por nuestro autor, un híbrido compuesto de verdad y falsedad cuya estructura disonante subraya que tenemos conciencia de la distracción organizada y dentro de ella de la propagación de bulos.

A su vez, el cinismo se puede entender como un fenómeno de desinhibición: «el hecho de decir la verdad libremente —aquella virtud de la *parresia* que el Foucault tardío alabó— alcanza en el cinismo el nivel del auto-desenmascaramiento».

Con algún eco de la sociología dramática (y conexiones con la teoría de los «actos del habla» de Searle, podemos decir que si la hipocresía era una reverencia del vicio ante la virtud, entonces el cinismo es el rechazo que opone la mentira a la convención de encubrirse. Esto supone el relajamiento de las máscaras para ambas partes del pacto de ilusión que funda la ideología», un rasgo de la política estetizada, «enmarcada» (framed) en términos neurolingüísticos y sabedora de los sesgos cognitivos tal como hoy la conocemos<sup>13</sup>.

### 3. Cómo el embaucador se convirtió en el espíritu del mundo

En el apartado «El cinismo hoy», Sloterdijk escribe que si tuviera que sintetizar en una sola frase la atmósfera mental global de los albores del siglo XXI, tanto en Occidente como en el resto del mundo, esta debería ser *el embaucador se convirtió en el espíritu del mundo*<sup>14</sup>. Lo interesante a mi juicio del análisis del autor de la *Crítica de la razón cínica* en este punto es que la cuestión del embaucamiento apunta con más claridad que otros análisis a la moral que subyace a la propia aquiescencia, esto es, a la conformidad del sujeto embaucado en las primeras décadas del siglo XXI.

El interrogante nos devuelve (otra vez) a la concepción kantiana de la Ilustración que recordábamos al comenzar. Terry Eagleton también ha denominado precisamente a esa situación por la cual se es consciente de una suerte de «falsa conciencia» inducida por terceros, «falsa conciencia iluminada»<sup>15</sup>. En la aproximación de este crítico británico a la cultura no solo la posverdad, sino los excesos del eufemístico «pluralismo informativo» resultan dañinos para una esfera pública que ve aplazado el cambio estructural en términos socioeconómicos y políticos. El «mal» de la diversidad se entiende al resultar esta una categoría importada de la esfera comercial como un atributo de la oferta en el capitalismo y los efectos se observan justamente en los campos donde el consenso es imprescindible para la movilización social y para la agenda política que podría limitarlo.

---

<sup>11</sup> D'ANCONA, M., *Post Truth: The New War on Truth and How to Fight Back*, Ebury Press, 2017.

<sup>12</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., pp. 17 – 23.

<sup>13</sup> Ibidem

<sup>14</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit. p. 24.

<sup>15</sup> EAGLETON, T., *Cultura*, trad. Belén Urrutia, Barcelona: Taurus, 2017.

Para una comprensión cuatricausal centrada en el devenir del siglo XX, Sloterdijk, acude a distintas tendencias desde la posguerra (tras 1918) como explicativas de un cambio regresivo más amplio. Los cuatro factores serían: la revolución de las redes de comunicación a través de internet, la transición de los sistemas internacionales de designación del enemigo (de la guerra fría a la guerra contra el terrorismo); el surgimiento de los códigos lingüísticos neomoralistas que se denominan *political correctness*; y, finalmente, la respuesta solidaria ante el desencadenamiento de los flujos de refugiados desde zonas de grave inviabilidad hacia áreas de atracción de bienestar relativo y de mayor seguridad jurídica.<sup>16</sup> Estos cuatro desarrollos traen consigo cambios profundos en los modos de gobernar, pero también de *mentir*.

La expansión de las comunicaciones provocaría la convergencia de la presencia de los medios y el *ser* y esta sería la razón por la cual la presencia fáctica en los medios prefiere la verdad de lo presentado. Desde el punto de vista histórico-cultural, se puede comparar del efecto «posfáctico» de las redes sociales con una inflación cultural galopante: «el valor de verdad de una publicación en la red desciende proporcionalmente al número de sus destinatarios». Dicho de forma más sencilla: el usuario prefiere *consumir* (sea de ello plenamente consciente o no) publicaciones que no son verdad. Eso refuerza el cinismo latente del aparato mediático según la lógica que le es inherente: se niegan las diferencias entre la expansión de una información y su valor de verdad. En relación con el terrorismo, el mayor interés de este factor radicaría en la forma en que gobiernos como Rusia o China tildan de terroristas cualquier tipo de oposición política (un fenómeno todavía más visible tras la invasión rusa de Ucrania en 2022). En palabras de Sloterdijk, la estigmatización de la oposición para tratar de legitimar medidas de excepción señala tanto una profunda estructura cínica como una ideología *erosionada*, ¿de verdad la ciudadanía cree que la oposición política es una forma de terrorismo?

Junto a la expansión de internet y la mentira en la llamada «lucha contra el terror», la tercera actualización del cinismo proviene de reacciones a las regulaciones lingüísticas y códigos de conducta de la corrección política empezando por el campo estadounidense «con sus minorías hipersensibles, respaldado por una prensa de masas siempre vigilante, en busca de un paso en falso que pueda ser denunciado, bajo las acciones burlescas de innumerables personas que tienen motivos para suponer que la libertad de expresión las perjudicará»<sup>17</sup>. Efectivamente, parece haber un populismo que surge como reacción contra esa sensibilización vista o presentada como «policía lingüística inquisitiva» de una élite. El resentimiento y la liberación (la libertad como desinhibición frente a las últimas demandas «castradoras» de la civilización) de viejas palabras reprimidas es bien visible en la política de comunicación de Trump. Si la libertad de los antiguos, añadiríamos nosotros, apuntaba a la participación en las decisiones que les afectan y la de los modernos (sigo aquí el célebre discurso de Benjamin Constant pronunciado en el Ateneo Real de París en 1819) en una esfera de autonomía frente al poder, la libertad de los posmodernos apuntaría a la *liberación* (de la responsabilidad ante los hechos, del juicio informado, de su actuación personal en el esclarecimiento de la verdad).

---

<sup>16</sup> Estamos de acuerdo con el crítico cultural Terry Eagleton cuando escribe que el relativismo cultural implica la cínica posibilidad de que ni siquiera el sangriento colonialismo británico pudiera ser criticado fuera de una perspectiva local. Frente a los excesos culturalistas, las batallas culturales o la segmentación identitaria, un reto de los estados actuales es evitar la fragmentación del cuerpo social, combatir la desigualdad social (la dualización) y lograr la suficiente cohesión social, con una opinión pública bien informada y vías de comunicación que posibiliten el consenso sobre problemas que afectan a la humanidad como protagonista de una civilización universal. EAGLETON, T., *Cultura*, trad. Belén Urrutia, Barcelona: Taurus, 2017.

<sup>17</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., p. 31.

La parte más débil del razonamiento de Sloterdijk, a mi juicio, tendría que ver con la inclusión de la gestión de la migración como factor que coadyuva al éxito de la posverdad. Para el alemán, «en las corrientes de refugiados que avanzan hacia Europa y hacia otras zonas de relativo bienestar de la Tierra, se puede ver cómo la ideología occidental del universalismo abstracto está bajo presión, con consecuencias que afectan al ecosistema de la verdad y la mentira en las zonas-objetivo de las grandes migraciones»<sup>18</sup>. Aquí, Sloterdijk sugiere que lo que llama «creciente presión migratoria» debe implicar una reestructuración de las áreas del derecho de hospitalidad, una categoría jurídica imprecisa, que para el autor ha sido conscientemente desbordada («corroída» o «dañada») por el inasumible «impulso universalista del derecho de asilo». Creo que ese factor tiene un complejo encaje en el análisis de la posverdad, además, ¿por qué no incluir en su lugar, la respuesta populista de la nueva extrema derecha, así el auge de los discursos etnoplásticos, las nuevas teolatrías de la Europa del este (tal como el propio autor las describe en *Fobocracia*)<sup>19</sup> y su insistencia en ligar la identidad con una expresión particular de la tradición cultural, el nuevo nacionalismo étnico y la figura del inmigrante con la amenaza cuando no con la delincuencia transnacional?

Ciertamente, del cuadro cultural esbozado se podría desprender una visión de la posverdad como reacción anti-ilustrada<sup>20</sup>: más allá de la crítica «orwelliana» *de arriba abajo* o de la retórica de la adición, más allá del análisis de la posverdad y su comunicación en redes sociales, cabe una aproximación mucho más amplia en clave cultural en la era hegemónica de las redes sociales como ideología. Para Geert Lovink, ejemplo teórico de esto último, las redes sociales tienen que ver menos con el periodismo que con el arte, es por ello que el predominio de la emoción (o de la sensación) sobre la racionalidad parece una de las claves para la comprensión, si no de la propia idea de posverdad, sí de su dúctil y visceral propagación. Sea con algunas de las alusiones de George Steiner, sea con Geert Lovink (la «distracción 2. 0»<sup>21</sup>), con las sentidas pérdidas de la idea de futuro de Mark Fisher, relacionadas con el postmodernismo y el deterioro de la figura de la verdad según la lógica cultural del capitalismo avanzado o con el reciente análisis de la cultura de Terry Eagleton, la comprensión de la posverdad pasa por un análisis cultural más amplio, más comprometido, o aquí, *menos cínico*. Además: ¿agotan los cuatro factores anteriores de «¿Dónde están los amigos de la verdad?» el cuadro cultural, las causas culturales para la extensión de la posverdad como signo epocal?

#### 4. Una tentativa de ampliación del diagnóstico: a modo de conclusión

El cinismo resulta ser una categoría útil para la comprensión de la posverdad. En efecto, con ese giro interrogativo inaugurado por Étienne de la Boétie, Sloterdijk se habría propuesto –como hiciera el gran amigo de Montaigne– una pesquisa autocrítica imprescindible para entender cómo es posible que tantos hombres soporten a un tirano cuyo poder surge de que ellos le quieren dar. Parafraseando al francés: ¿por qué tantas personas soportan un estado de cosas que solo se mantiene en la medida en que se quiere soportar?

Concluimos en que conviene a todo acercamiento a la posverdad el esfuerzo de su contextualización histórica (mucho tiempo después de que Sócrates debatiera en el ágora

---

<sup>18</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., pp. 33-34.

<sup>19</sup> SLOTERDIJK, P., *Fobocracia*, trad. Nicole Narbebury, Buenos Aires: Godot, 2022, p. 21 y ss.

<sup>20</sup> Así, en el sentido que le da Marina Garcés, en GARCÉS, M., *Nueva ilustración radical*, Barcelona: Anagrama, 2017, p. 7-14.

<sup>21</sup> He analizado este episodio en una particular historia cultural del despiste: GARCÍA CÍVICO, J., *La condición despistada*, Barcelona: Candaya, 2022, p. 270 y ss.



con los maestros de la oratoria y de la persuasión –un Gorgias, un Protágoras–). En el contexto ideológico de las redes sociales (de las redes sociales *como ideología*, al decir de Geert Lovink)<sup>22</sup>, un mundo cada vez más abierto, interconectado y crítico con relación a los grandes discursos y las ideologías –como es el nuestro- habilita al mismo tiempo el espacio para la difusión de opiniones infundadas, que ofrecen *algo distinto* a la verdad. Un contra-discurso anexo a la epistemología tribal sobre la que ha teorizado entre otros el psicólogo social Jonathan David Haidt (la verdad de los nuestros) que se impone con autoritarismo paradójico, como si el hecho de ser difundido masivamente (tan estremecedoramente próxima a aquella mentira repetida mil veces de Göbbels) garantizara su validez.

Sloterdijk ha sabido enmarcar la cuestión de la posverdad en el esquema de una serie de luchas continuas modificadas por algunos cambios radicales en lo que denomina «constelación política mundial»<sup>23</sup>, sin embargo, su diagnóstico cultural que posibilita ese auge de la posverdad puede resultar caprichoso (la inclusión de una suerte de «buenismo ciego» ante lo que presenta como problema: la migración hacia Europa) o incompleto.

Sobre la falta de completitud, se echa de menos un análisis del desarrollo que la «condición posmoderna» caracterizada, como es sabido, por Jean-François Lyotard, precisamente como *incredulidad* hacia los grandes relatos y sus efectos sobre las ciencias, el lenguaje y el conocimiento (incredulidad, justamente hacia la acumulación científica y cultural hacia la verdad)<sup>24</sup>.

Por volver, por última vez, al punto de partida de esta comunicación, la ilustración es la liberación del hombre de su culpable incapacidad. La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable, razonaba Kant, porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor. «¡*Sapere aude!* ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!: he aquí el lema de la ilustración». Escribió Kant que «la pereza y la cobardía son causa de que una gran parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo, a pesar de que hace tiempo la Naturaleza los liberó de ajena tutela (*naturaliter majorenes*); también lo son de que se haga tan fácil para otros erigirse en tutores. ¡Es tan cómodo no estar emancipado!». ¿No cobran estas palabras un inusitado vigor en el primer tercio del siglo XXI?

Igualmente, el éxito de la posverdad no se entiende sin la disminución de la influencia del intelectual político, la relación entre ideología y mercado o el relativismo posmoderno en la lógica cultural analizada ya clásicamente por Fredric Jameson<sup>25</sup>. Para Sloterdijk, las tendencias descritas forman parte, cada una a su modo, de la inflación del principio «mundus vult decipi», individuos en busca de engaños alternativos, presas voluntarias

---

<sup>22</sup> «Entender las redes como ideología significa observar cómo esta une a los medios, la cultura y los complejos de identidad en un desenvolvimiento cultural cada vez mayor vinculando género, estilo de vida, modas, marcas y chismes de celebridades con noticias de la radio, la televisión, las revistas y la web, y reconociendo que todo esto está impregnado de los valores empresariales del capital de riesgo y la cultura startup, valores que llevan consigo un lado sombrío de disminución de las condiciones de vida y creciente desigualdad». LOVINK, G., *Tristes por diseño*, cit., p. 59.

<sup>23</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., p. 25.

<sup>24</sup> Según el conocido estudio de Lyotard, lo que caracterizaba a los saberes postmodernos era que ni la historia como escenario de progreso hacia una sociedad más justa, ni el progreso como horizonte desde donde valorar la acumulación científica y cultural hacia la verdad eran ya el marco de validez de la actividad epistemológica, cultural y política». LYOTARD, J. F., *La condición posmoderna*, trad. Mariano Antolín Rato, Madrid: Cátedra, 1987.

<sup>25</sup> JAMESON, F., *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, trad. José Luis Pardo, Barcelona: Paidós, 1991.

del oscurantismo cínico<sup>26</sup>, pero, ¿qué papel desempeña ese «mercado libre de ideas» caro al liberalismo político y judicial que va de Stuart Mill a Oliver Wendell Holmes<sup>27</sup>? La apelación al oscurantismo reconduce la cuestión, según lo veo, justamente de nuevo a la ilustración y a los matices sobre la visceralidad en la intersección entre el derecho de acceso a la cultura y el propio desarrollo de la libertad de expresión desarrollados en su seno y, sin embargo, apenas se alude a la responsabilidad normativa de las instituciones desarrolladas en nuestra contemporaneidad.

Sigue habiendo dos modos elementales de hablar de la verdad: la verdad racional (o la verdad relacional de tipo lógico) y la verdad como correspondencia de los enunciados con los hechos. Ambas tienen que ver con nuestro campo de estudio más específico. Por ejemplo, al derecho le interesa tanto la argumentación y los juicios de ponderación como esclarecer hechos probados para una aplicación de la norma general según un modelo silogístico. La verdad es imprescindible en el ámbito de la justicia, pues consideramos injusto condenar a una persona inocente, pero también que un genocida se salga con la suya: ¿cuántos periodistas fueron detenidos en Rusia el año pasado? ¿cuántos homosexuales fueron agredidos? ¿cuántas solicitudes de asilo admitió España? ¿ordenó Mladic asesinar a una población entera? ¿torturó el régimen de Pinochet? Todos estos interrogantes no tendrían una respuesta satisfactoria si no compartimos el valor y la importancia de la verdad. Para ello desde la misma academia debería revisarse ese prejuicio extendido de corte relativista que parece recaer sobre la idea de verdad, caricaturizada a menudo como «verdad absoluta» (una expresión cargada semánticamente y condicionante del debate, a mi modo de ver).

La desilusión ante la extensión de lo digital que Sloterdijk señala en distintas partes de su artículo no acaba de apuntar a la nueva psicología social en términos anímicos (como sí sucede en el célebre *Tristes por diseño* del analista de medios Geert Lovink<sup>28</sup>). Pasa así por alto un enfoque más o menos propositivo que indagando en la depresión señalara ocasiones para la conversión de la ira politizada (la politización de la ansiedad en los términos del crítico cultural desgraciadamente desaparecido Mark Fisher<sup>29</sup>). Hace quince años Internet era un escape del mundo real, ahora el mundo real es un escape de Internet, tenemos perfecta conciencia de un tipo de manipulación organizada, ¿es posible comprender los efectos de la era digital sobre la verdad sin estas cautelas epistemológicas?

El ciudadano usuario, la falsa conciencia iluminada, el «mosaico de minoría», el anhelo del embaucamiento, las aporías del discurso sobre «elecciones del consumidor», el predominio de lo emocional y de lo emotivo descrito como «emocracia» por el historiador escocés Niall Ferguson y otros, la visceralidad ante la expresión artística (Lovink), la nueva sociabilidad de los afectos, la politización de la ansiedad, el diseño de la red –las respuestas postfreudianas al «¿en qué estás pensando?»–, etc. se antojan también útiles para aproximarnos a la paradoja entre el sujeto hipersubjetivado (individualizado en los términos de McPherson y otros) y la nueva mentalidad gregaria de lo social. Todas podrían añadirse al complejísimo cuadro cultural del cinismo en su relación con la verdad.

Si no fuera demasiado injusto simplificar las cosas hasta ese punto, podríamos convenir en que Sloterdijk tiene más presente que Habermas el hecho de que el lenguaje sirve

---

<sup>26</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., p. 35.

<sup>27</sup> Sobre las «externalidades negativas» de ese mercado libre de ideas, ha insistido Francesco Biondo en el congreso El tiempo de los derechos (Valladolid, 2022) que da lugar a esta misma comunicación.

<sup>28</sup> LOVINK, G., *Tristes por diseño*, cit., p. 27 y ss.

<sup>29</sup> FISCHER, M., *Realismo capitalista*, Buenos Aires: Caja Negra Editora, 2018, p. 139 y ss.

para comunicar mentiras, o en palabras del autor de *Crítica de la razón cínica*, el hecho de que es una experiencia elemental del ser hablante utilizar el habla no solo para articular errores *bona fide*, sino también como medio para distorsionar consciente y deliberadamente los hechos. «Como ninguna otra cosa, el lenguaje sirve para ocultar dudas y para seducir a los destinatarios al adoptar una apariencia susceptible de consenso [...] el discurso de la mentira no produce simplemente una falsa representación involuntaria de las circunstancias dadas, aunque ciertas distorsiones de los mensajes se puedan explicar a partir de la historia natural de la hipocresía»<sup>30</sup>. El oscurantismo cínico» resulta finalmente una forma histórica de cómo el mundo quiere ser engañado

Por último, de acuerdo con algunas de las tesis de la sociología de la dramaturgia (de Norbert Elias a Erwin Goffman), la socialización en 2022 no parece indesligable de las formas digitalizadas de administración de la percepción. Puede haber disposiciones innatas para la disimulación y el engaño —el talento teatral inherente a muchas personas es un indicio de esta suposición— pero uno no miente (ni se deja mentir) por error.

Terminamos, no hay espacio para un contraste detallado con el «rival» filosófico en el debate sobre la relación entre posverdad y opinión pública que resultaría de haber escuchado aquí al gran teórico de la acción comunicativa. Basta apuntar —emplazándonos en una futura comunicación— que en Habermas lo observado por Sloterdijk parece suceder perfectamente al revés.<sup>31</sup>

---

<sup>30</sup> SLOTERDIJK, P., «¿Dónde están los amigos de la verdad?», cit., p. 34-35.

<sup>31</sup> HABERMAS, J., *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, trad. M. Jiménez Redondo, Madrid: 2001.